

como su desgracia larga,
 porque apenas dando prisa
 á un montante jubilado
 y á una hacha mal encendida,
 salgo, cuando sin aliento,
 tropieza en su sangre misma
 un hombre que á mí se abraza
 diciendo: ¡Virgen Divinal!
 ¡Confesión! ¡Jesús mil veces!
 y bañándome en su herida
 el ya extranjero licor,
 caímos los dos encima,
 el casi difunto joven
 y yo, en su sangre teñidas
 canas y ropa, la muerte
 pensó en mí copiar su cifra.
 Bajaron al alboroto
 mi Beatriz y Margarita
 con dos doncellas, que solas
 son de noche la familia
 de mi casa, porque en ella
 no consiente que se admitan
 hombres el cuerdo escarmiento
 (¿qué queréis? costumbre es mía.)
 Como me vieron bañado
 en sangre, y no prevenidas,
 ocasionaran las voces
 á que en las casas vecinas
 me dudasen agresor,
 murmurándome homicida,
 y conjeturando agravios
 de honor, ocios y malicias,
 atajé este inconveniente
 haciendo subir arriba
 el herido desmayado.
 Cerré puertas y advertillas
 ser de otras venas la sangre
 que sin razón despedida
 del dueño propio, buscaba
 hospedaje en mí, mendiga.
 Callaron, no sosegadas
 con esto, mas reducidas
 al riesgo de su alboroto.
 Domésticas medicinas
 aplicamos al paciente
 cuando el alma fugitiva
 buscaba puerta, y la hallara
 por una estocada encima
 tres dedos del corazón,
 si aceites, bálsamo y hilas
 no hicieran retrocederla
 al pecho que vivifica.
 Tomada, aunque mal la sangre,
 puesto que no permitía
 el parasismo rebelde
 que el pulso pidiese albricias,
 entró, aunque inquieta, en consejo
 la honra, á quien apadrina
 la prudencia recelosa
 y aquesta vez discursiva;
 reparó en curiosidades
 del herido, ya de día
 cursando nuestra parroquia,
 ya nuestra calle, aunque habita
 en la ciudad: (bien sabéis,
 que así por costumbre antigua
 se llama la parte baja,

y la superior la villa).
 En esta, pues, que los nobles
 moran y apartados distan
 de la plebe, que en lo llano
 contrata, vende y fabrica,
 daba á la murmuración
 causa, y á las celosías
 de nuestra casa recelos,
 profanadas con su vista.
 Manchó mis puertas su sangre,
 y temí que pretendía
 quien tanto las paseaba
 de noche á mi infamia abrirlas.
 Hallaron estas sospechas
 indicios en Margarita,
 si no evidentes, probables,
 porque la color perdida,
 lágrimas se desmandaban
 con disfraz de compasivas,
 amantes en la sustancia;
 y aunque el temor reprimía
 suspiros que malograba
 el silencio en la oficina
 del pecho, abortó el pesar
 por los ojos su noticia.
 Lloraba también su hermana,
 pero las señales tibias
 de su piedad inocente
 me mostraron cuán distintas
 son las que el amor arroja,
 y que hay tal vez (siendo enigmas
 que sustituyen palabras)
 lágrimas ponderativas.
 Dudoso yo en este aprieto
 por ver si los averigua
 sin testigos la prudencia,
 que baje al zaguán me avisa
 la industria, y sacando el coche
 á la puerta sin abrirla,
 mando tender una cama
 en él que al enfermo sirva,
 donde al punto le traslado,
 y corriendo las cortinas
 notificado el secreto
 que el temor manda que admitan,
 mis dos hijas y criada
 hago que dentro le asistan.
 Con esto á la calle salgo
 y dando al cochero prisa
 (ya sabéis que vive enfrente)
 puso á un caballo la silla,
 y guarneciendo otros tres
 yo á un estribo, sin noticia
 de lo que en el coche lleva,
 cuatro horas antes del día,
 tres leguas que hay de distancia
 hasta aquí corrió, que guían
 dudas de un temor honrado,
 sospechas que martirizan.
 Volvió el herido en su acuerdo
 y aunque de verse se admira
 caminando y con nosotros,
 amistades y caricias
 le aseguran y aconsejan
 que de mi casa se sirva
 y diligencias estorbe
 forzosas en la justicia.

Llegamos, Mendo, á la Zarza,
 donde aunque el engaño finja
 disimulos de mi ofensa,
 mientras su dueño peligrá,
 si muere podrá el silencio
 (haciéndole compañía
 su cómplice en mi deshonra)
 sepultar con él malicias
 que vulgarice la fama,
 y si el cielo le da vida,
 desposándose los dos
 trocar pesares en dichas.
 No puede esto dilatarse;
 porque mientras se publica
 la falta que hace en su casa
 quien quiso ofender la mía,
 no siendo mortal el golpe,
 talamo la cama misma
 será, ó túmulo si muere,
 que al llanto ó al gozo sirva.
 Para cualquier cosa de estas,
 Mendo amigo, necesita
 la confianza que os hago
 de vuestra ayuda; no diga
 Trujillo que en mi vejez
 se eclipsó la sangre limpia,
 siempre en los Cabezas noble,
 pero jamás ofendida.
 Prevenid, mientras dispongo
 bodas ó obsequias, García,
 caballos que á Portugal
 deslumbren los que nos sigan.
 GARCÍA. Yo, señor, no consejero,
 si obediente, como en dichas
 en desgracias vuestra sombra,
 no osaré que os contradigan
 razones de la lealtad.
 Cuerdas canas autorizan
 vuestros años y experiencias;
 sirvaos yo, y ellas elijan,
 que aunque no me hayáis fiado
 el nombre del que os obliga
 á tanta resolución
 (quizá porque no lastiman
 de los que no se conocen
 desgracias), por cuenta mía
 corro á ejecutar deseos
 que agradan, más no examinan.
 Voy á apercebir caballos.
 FRANCIS. No, Mendo, aguardad que os diga
 quien es el que...

ESCENA XIII

DICHOS y DOÑA BEATRIZ, cubierta con manto
 y chapín bajo.

BEATRIZ. Si en los nobles
 vinculó la cortesía
 el favor de las mujeres,
 y puede con vos su estima
 que, sirviendo á las hermosas,
 honrés á las afligidas;
 oid aparte. Yo soy (Apártase con él.)
 quien del vuestro necesita,
 y huyendo riesgos mortales
 más de estos montes se fia

que de quien el ser me ha dado.
 Mi historia (si á referirla
 me dieran lugar temores
 que ligeros se avvicinan)
 os asombrara, mas baste
 á advertiros que me obligan
 engaños de un hombre alevé
 á que de mi casa misma,
 desterrada en las tinieblas
 de esta noche, amparo pida
 al cielo y á vuestro valor,
 al secreto y la osadía...

(Espántase de conocer á su padre, y tá-
 pase más la cara.)

¡Jesús, mil veces!

FRANCIS. ¿Qué es esto?

Sosegad, señora mía.

¿Qué sentís? ¿qué os da congoja?

BEATRIZ. Peligros que más me animan
 cuanto más cerca estoy de ellos.

FRANCIS. También lo está aquí una quinta
 donde podréis...

BEATRIZ. Excusalda,
 que es fuerza ser conocida
 de vos, y mi afrenta temo.

FRANCIS. ¿Pues en qué mandáis que os sirva?

BEATRIZ. En que en fe de que sois noble,
 mientras que no se os permita,
 de lo que aquí sospechéis
 á ninguno deis noticia;
 en que no sigáis mis pasos,
 porque os doy mi fe que estriba
 mi vida y honra en ir sola;
 en que entre aquehas encinas
 que marginan ese arroyo
 busquéis en la más antigua
 la concavidad que el tiempo
 labró para su ruina,
 que con vislumbres del alba
 (que empieza á correr cortina
 al sol que le va al alcance)
 se os ofrecerá á la vista
 un hurto que os cause asombro,
 puesto que no de codicia
 para quien su precio ignora,
 tan costoso á mis desdichas
 que temo por él perderme.
 Interpreten este enigma
 vuestras nobles diligencias,
 que á quien os le deposita
 se le volveréis después,
 si dándoos las señas mismas
 que en él hallaréis agora
 os volviere á buscar viva.
 Vos sois noble, mujer yo,
 mi riesgo y pena precisa,
 y el ausentarme forzoso:
 adiós, que el tardar peligrá. (Vase.)

FRANCIS. ¿Hay sucesos semejante?

GARCÍA. Señor ¿qué es esto?

FRANCIS. García,

descaminos de la noche

que ignorancias precipitan.

No puedo deciros más.

Dí palabra, he de cumplirla;

esperadme aquí, que presto

sabréis cosas peregrinas.

ESCENA XIV

MEN GARCÍA; y salen CARRIZO, CRESPO y BERTOL.

- CARRIZO. Sacomos la empujadura de pependencias.
 CRESPO. ¿Qué parió?
 CARRIZO. No sé cómo lo llamó la comadre. En fin, ni cura ni escribén será la cría.
 BERTOL. ¿Pues qué ha de venir á ser?
 CARRIZO. No siendo hombre ni mujer, Bertol, cesó la porfía; ya no habrá sobre qué arguya.
 CRESPO. ¿Pues es animal?
 CARRIZO. Tampoco.
 CRESPO. ¿Qué diablos parió?
 BERTOL. ¿Estás loco?
 CARRIZO. No salga ella con la suya y reviente. Un burujón vino á empujar con su cola redondo, que llaman bola de Beatriz.
 CRESPO. Callad, simplón. Bola matriz debió ser. Milagro será si escapa.
 CARRIZO. Muérese un reye y un papa, un conde y un mercader; cuando se muera Polida paciencia y capuz.
 GARCÍA. ¿Qué es eso, Carrizo?
 CARRIZO. ¡Oh, señor! le beso las manos. Está parida nueña compañera, y dudo que según á verla luego, tome las de Villadiego.
 GARCÍA. ¿No os pesará de ser viudo?
 CARRIZO. Ni tampoco al ganapán que del tercio se descarga, comiéndose mucho embarga (con darnos la vida) el pan, Pues ¿qué hará tanta mujer por mañana, tarde y día?
 CRESPO. ¿Dónde, señor Men García, podremos al amo ver, que diz que ha poco que vino?
 GARCÍA. Debe (como ha trasnochado) reposar.
 BERTOL. Será pesado por ser viejo, aunque el camino es corto.

ESCENA XV

DICHOS. Sale DON FRANCISCO y apártase con MEN GARCÍA.

- FRANCIS. Mendo, esta noche, sin duda, Mercurio y Venus, juntando constelaciones, predominan en el cielo, pues una influyendo amor, y otro eslabonando enredos parece que intentan ambos sus horas quitarle al sueño. Aquella mujer que visteis entre crepúsculos negros

y blancos, con los de un manto desvelar conocimientos, vecina de nuestra Zarza (porque ¿quién dudara serlo la que encubierta á tal hora pide socorro al secreto?) me contó peligros suyos que, entre preñados misterios, pararon en que guardase á su opinión el respeto, y el hurto que en una encina, cómplice á sus desaciertos hállase, depositando en mí su estima y silencio. Admitilo cortésano, y ausentándose con esto sin consentir compañía, promesas puse en efecto. Registré troncos vecinos de ese arroyo casi seco, y halléle (escuchad milagros) cuna de un niño risueño, á quien, amorosa madre, una cabra daba el pecho. Asombróme su piedad, trayéndome el alma ejemplos de Semíramis, de Abides, de Ciro, Rómulo y Remo; y pronosticando en él las felicidades de ellos, compasivo le di abrazos, cariñoso le dí besos.

Aquí le traigo, García,
(Descubre un niño recién nacido.)

casi olvidado (os prometo) de agravios que temí propios, y agora socorro ajenos; quizá porque ordena Dios, cuando venganzas prevengo, que en estas que son mayores temple el rigor sus aceros. Mirad qué hermoso póstumo de un tronco estéril y viejo, y advertid que le amo más que si le feriera nieto.
 GARCÍA. ¡Válgame Dios! ¡qué de cosas en la brevedad del tiempo que há que el sol se fué al ocaso niegan la fe á sus sucesos! El inocente es un ángel. Como en el alma, en el cuerpo en sus faciones firmaron que eran ilustres sus dueños. Dichosos con vos han sido, y más en que os dé el cielo ama, que es nuestra criada recién parida en el pueblo.

FRANCIS. ¿Quién es, que lo estimo en mucho?

GARCÍA. Pulida, la del rentero de vuestra heredad.

FRANCIS. ¿Carrizo?

CARRIZO. ¿Qué manda? que como vemos que se aparta de nosotros, la cortedad y el respieito mos turba el llegar á dalle los prácemes que debemos. Su merced sea bien venido.

FRANCIS. Carrizo, feriaros quiero un tesoro, que es mi hallazgo.
(Dale el niño.)

Esta joya os encomiendo; que la traiga en nombre mio colgada Pulida al pecho, por ser de coral y plata.

CARRIZO. Si hué su mercé el platero, lindamente labra brincos. Debíó el molde de ser nuevo, que diz que en joyas vaciadas suelen acertar los viejos. Polida (que no lo ha sido en el parto) arrojó al suelo un bollo matriz de carne, y llora su mal empleo; mas este la alegrará.

FRANCIS. Vamos, pues. Pero ¿qué es esto? Señor Don Rodrigo ¿vos en la Zarza?
(Sale D. Rodrigo.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON RODRIGO, viejo.

- RODRIGO. Y con recelos de que vuestros disimulos, señor Don Francisco, han hecho, desheredando mi casa, tragedia mi fin postrero. A Don Alvaro Durán, casi á vuestras puertas muerto, trasladásteis esta noche desde Trujillo á este pueblo. Quien curioso vió desdichas, disimulándolas cuerdo, por no despertar testigos que injuriasen el secreto, aviso me dió de todo; y como os conozco, temo que libráis en la venganza partida de un desacierto. Verdad es que ha sido amante Don Alvaro, pero honesto, de vuestra hija mayor, y que instándome los ruegos que oficioso me intimaba, mañana tenía propuesto de pediroslo, y trocar amistad en parentesco. Si porque tal vez le visteis á deshora lisonjero con las puertas que adoraba ponderarlas sus afectos, juzgáis, su sangre vertida, manchas hoy del honor vuestro, y le traéis por sacarlas donde el jabón es de acero, sosegaos, que si esta vivo (¡oh, permitanlo los cielos!) yo quedaré consolado cuando muera vuestro yerno.
 FRANCIS. Don Rodrigo, adivinásteis. La opinión, que como espejo, puesto que al honor retrata, le quiebra ó turba el aliento,

satisfacción me pedía; mas, con tan sabio remedio, ella cobrará su lustre, y yo viviré contento: también lo está vuestro hijo.

ESCENA XVII

DICHOS. DOÑA MARGARITA y DOÑA BEATRIZ.

- MARGAR. Beatriz, hele satisfecho de modo que ya está sano, que su mal más fué de celos que de la inclemente herida.
 BEATRIZ. Señor, á pedirte vengo albricias de las mejoras que alientan á nuestro enfermo.
 MARGAR. El insta en que á verle vayas.
 FRANCIS. Más instarán los deseos que en vos, hija, culpé anoche, y ya más piadoso apruebo. Beatriz, vuestra hermana tiene á mi satisfacción dueño. No habéis vos de estar ociosa; fiaros este ángel quiero. Seldo vos suyo de guarda, como á madre os le encomiendo.
(Tómale ella.)
 CARRIZO. ¿Madre y virgen en Castilla?
 BEATRIZ. ¡Qué hermoso es!
 FRANCIS. Como mi afecto.
 BEATRIZ. No será el primer milagro, si á travesuras creemos que mi madre nos contaba, y aun no las marchita el hielo. Pero decidnos su hallazgo.
 FRANCIS. Pide espacio ese suceso. Su nutriz será Pulida y su aya vos.
 BEATRIZ. Yo lo acepto. ¡Ay hermana de mis ojos! Este niño... (Ap. á Margarita.)
 MARGAR. Sí.
 BEATRIZ. ¿Dirélo?
 MARGAR. Acaba ya.
 BEATRIZ. Es fruto mio.
 MARGAR. ¿Estás loca?
 BEATRIZ. De contento.
 MARGAR. ¿Cómo ó cuándo?
 BEATRIZ. No ha dos horas.
 MARGAR. ¿Dónde?
 BEATRIZ. En el campo.
 MARGAR. Sospecho que me burlas.
 BEATRIZ. Posesiones del papel (si enigmas fueron) ya son verdades con alma.
 CARRIZO. ¡A jó, niño, ajó cordero!

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salen DOÑA BEATRIZ, DOÑA MARGARITA, DON MARTÍN,
DON ALVARO y DON FRANCISCO.

MARTÍN.

La fe de aquél amante,
á pesar de desvelos, tan constante
(Beatriz) que se promete
esperar, tras siete años, otros siete,
que, al fin de tanto día,
mejoren en Raquel burlas de Lía,
mi dicha reconoce,
pues si catorce no, pretendí doce
conquistar resistencias
que premios logran ya, si antes paciencias;
puesto que me aventajo
al hebreo amador, pues su trabajo
mejoró de partido,
que él, en fin, esperó correspondido;
pero en vuestra belleza
leyendo ingratitudes mi firmeza,
teja entre esperanzas
rigores y amor (fiel de estas balanzas)
me muestra hoy generoso
que medra al paso que es dificultoso.

FRANCISCO.

Don Martín, ya sois dueño
de vuestra pretensión. Tiempo es pequeño
(por largo que parece)
el que consigue aquello que apetece.
Beatriz, cuerda, hace alarde
de que el moral porque produce tarde
sus frutos asegura,
no como el loco al mendro en la hermosura
de su ambición tirana,
que madrugando necio, apenas grana.
Ya vos sois, hijo mío,
de don Alvaro primo, en quien confío
sucesión venturosa,
pues una sangre os honra generosa
que propague infinita
sucesión en Beatriz y Margarita.

ALVARO.

Mi primo y yo mostramos
que en gustos como en deudos conformamos;
pues si amor nos abrasa
nos conduce á su yugo en una casa
y á una misma nobleza
enlazados los dos con la belleza
que en posesión tenemos
de hijos vuestros el nombre merecemos,
con que á trocar venimos
en vínculo de hermanos el de primos.

FRANCISCO.

Don Martín cuándo se trata
ausentarse de aquí?

MARTÍN.

Mi amor dilata
lo mismo que apresura.

Falta á mis padres hago, la hermosura
de mi Beatriz parece
que en hablándola en esto se entristece;
pero perdiendo tanto
y ausente de tal padre, no me espanto,
Ella el término elija
cuando fuere su gusto.

FRANCISCO.

Ya estáis, hija,

sujeta á nuevo empleo,
digno de las virtudes que en vos veo.
El natural derecho
que hasta aquí tuve en vos, puesto que estre-
transfiere poderoso [cho,
amor, que es rey y es Dios, en vuestro esposo.
Ya estáis emancipada
de padres y de deudos, y obligada
sólo á los lazos justos
de un tálamo, recíproco en dos gustos.
El vuestro ya no es vuestro;
rendilde al dueño, mi Beatriz, que os muestro,
y pues os quiere tanto,
no entibien llamas suyas vuestro llanto.

BEATRIZ. (Llorando.)

Conozco, señor mío,
dichas que medro, y aunque más porfío
refrenar mis enojos,
sin consultar la voluntad los ojos,
dieran con poco acuerdo,
el bien que gano por el bien que pierdo.

FRANCISCO.

Beatriz, ya yo adivino
la causa que ocasiona el desatino
de esas lágrimas leves;
no las imputes lo que no las debes,
que no por ausentarte
de tu hermana y de mí, pueden ser parte
á tan rebeldes quejas.
Lloras el ver que á Francisquito dejas;
que como le has criado,
el nombre en ti de madre ha granjeado,
y tú con él contenta,
ni de tomar estado has hecho cuenta,
ni cuando le parieras
amor al que le tienes añadieras.
No me espanto yo de esto,
que el rapaz tiene hechizos, y habías puesto
en él todo tu gusto;
mas ya pasa tu llanto de lo justo.
En doce años no ha sido
posible que cuyo es se haya sabido.
Su madre que afligida
puso á riesgo, por no ser conocida,
su poca edad, sospecho
que debió de morir, pues no ha hecho
por él las diligencias
que ofreció al ausentarse; ¿á qué inclemencias
no están las hermosuras
sujetas que se creen de travesuras?
Francisco es ya medio hombre
y casi hijo de casa, que hasta el nombre
en vida me ha heredado;
amor le tengo, deja ese cuidado
á mi cuenta y olvida
adoptiva afición, pues reducida

ESCENA III

BEATRIZ y GONZALO, de camino.

GONZALO. Celos, mi Beatriz (no mía,
ajena sí), celos fueron
los que de ti me ausentaron:
celoso amor desvaria;
mentiras los persuadieron,
pesares los engañaron.
Ellos y el amor trocaron
los sentidos,
pues ambos desvanecidos
dan crédito á sus antojos,
amor viviendo á los ojos,
y celos en los oídos.
Mientras mi amor no te vía
oyeron de tu desdén
agravios en apariencia,
difícil me persuadia;
pero los celos, mi bien,
¿cuándo hicieron buena ausencia?
Agravios de competencia
en alabanza
de su dicha y tu mudanza
apretaron los cordeles;
verdugos fueron papeles,
murió en ellos mi esperanza.
Don Alvaro me engañó
engañándose á sí mismo
(propia pasión de los celos:)
herile porque me hirió
en el alma, y un abismo
de golfos y de recelos
conquistaron mis desvelos,
que bastaran
á olvidar, si se olvidaran
celos que amor desatina,
ponzoñosa anacardina
que da la muerte al que amparan.
Vióme Italia acometer
imposibles de atrevido,
mejor de desesperado:
su rey Alfonso vencer
mis sospechas ofendido
como su reino soldado.
Supe que se había casado
con tu hermana,
don Alvaro, y que fué vana
su sospecha y mi temor,
crúel con los cuatro amor
y nuestra ocasión liviana.
Quise remediar ausencias
que en doce años sepultadas
muertas en ti malicie;
partí, culpando impaciencias;
volé (no corri) jornadas;
pero ¿qué importa si hallé
enagenada tu fe,
perdido el bien que intereso,
mi agravio en mayor exceso,
desperdicios de doce años,
mortales mis desengaños,
tú casada y yo sin seso?
BEATRIZ. A doce años de delito
no sé yo que sea bastante
la disculpa de un instante
que se opone á lo infinito.

al que obediencia debes,
no será bien que en la memoria lles
ocupación que incierta
de servirle y amarle le divierta,
y dispón tu partida
que ha de ser luego.

MARGARITA.

Toda despedida
es penosa, y mi hermana
(puesto que reconoce lo que gana)
lo que se deja siente,
que es padre, hermana y patria juntamente.

MARTÍN.

Ea, mi bien, yo espero
serviros tan amante que primero
que entréis en nuestra casa
(si amor en gustos descontentos pasa)
halléis en mí cifrado
el bien que aquí lloráis por malogrado.

ALVARO.

Vamos y prevendremos
vuestra jornada. (Vase.)

MARGARITA. (Ap.)

Hermana, esos extremos
si hasta aquí ocasionaban
lágrimas que remedios esperaban,
ya de hoy más serán necios.
Castiga con olvidos menosprecios,
y estima el que esté oculto
de tu amor mal pagado el ciego insulto;
que Francisquito queda
á mi cargo, y en mí tu amor hereda,
porque desde este día
si pierde madre, quedo madre y tía. (Vase.)

ESCENA II

BEATRIZ.

No es la pena tan precisa
en los que el remedio ignoran,
cuando las desdichas lloran
lágrimas que esperan risa;
pero si el dolor avisa
que es su cura irremediable
¿qué pretende el miserable
que llorando desespera?
Más valiera
por no hacer su mal eterno
morirse, pues malogradas
lágrimas desesperadas,
sólo las llora el infierno.
Doce años lloré de olvidos
á eternizarse bastantes:
¿quién vió en mudanzas amantes
tanto asistir los sentidos?
¡Ay, don Gonzalo! fallidos
los hombres quedan por ti:
Penélope ausente fui;
si tú á Ulises imitaras,
ya tornarás.
Mas ¿ya para qué? Detente,
que tanto imposible en medio
lo que antes fuera remedio,
de hoy más será inconveniente.

Vos, Gonzalo, al fin sois hombre, tarde disculpas escucho: Gonzalo, estimad en mucho que se me acuerde este nombre, que ha tanto que estoy sin veros y mi paciencia ha gastado tanto, que aún no me han quedado palabras que responderos.

(Quiérese doña Beatriz ir, y sale Pizarro que le hará una mujer) muchacho, ni en traje total de noble, ni de villano.)

ESCENA IV

DICHOS y PIZARRO.

PIZARRO. ¿En fin, madre, se nos va y no me lleva consigo?
BEATRIZ. No será el primer castigo que sin culpa sentirá quien cual hijo os ha criado. Darle esas quejas podéis al que presente tenéis, que él, Francisco, ha ocasionado el apartarnos los dos; pues si memorias pagara sola la muerte bastara á dividirme de vos. Conocelde, que os importa más de lo que vos pensáis, que de él, Francisco heredáis larga injuria y dicha corta; que aunque de poco provecho no hallaréis (cáuseos espanto) hombre á quien le debáis tanto, ni que más daño os haya hecho.

(Vase.)

ESCENA V

GONZALO PIZARRO y PIZARRO, niño. Luego un paje.

PIZARRO. *(Ap.)* ¡Hombre á quien yo tanto deba y que me haya hecho más daño! ¿A mí, en qué? ¡Misterio extraño! ¡Válgame Dios! ¡cosa nueva! *(A él.)* Hidalgo á quien nunca vi; puesto que la vez primera que os veo á que bien os quiera me obligáis ¿tenéis de mí noticia alguna? ¿sabréis declararme estas razones? Agravios y obligaciones dicen que os debo, y ya veis cuán mal conformarse pueden deudas de ofensas y amor. Quisiérais yo mi acreedor, y aunque los años me vedan que de vos me satisfaga, yo sé de mi poca edad que empeños de voluntad (si amor con amor se paga) os pidieran finiquito. Porque á fe de hombre de bien que os quiero bien, y también que cualquier deuda desquito

que en esta parte me obligue. Pero ya habéis escuchado que estoy por vos agraviado; de donde también se sigue que os pida satisfacción (si bien ignoro de que): fidedigno el fiscal fué que os puso la acusación. Si es verdad (como sospecho) que no hay, puesto que me espanto, hombre á quien yo deba tanto, ni que más mal me haya hecho, en lo primero me fundo cual vuestro deudor pagar, mas también he de intentar vengarme de lo segundo. Ejecutad acreedor, y pagad ejecutado, que yo ofendido obligado si me confieso deudor, pues dicen que me ofendisteis, á procuraros me atrevo bien, por lo mucho que os debo, mal, por el mal que me hicisteis.

GONZALO. Por cierto, niño discreto, que en vuestra proposición vos igualáis la razón al donaire, y yo os prometo, á fe de hidalgo (si bien no sé la causa hasta agora que tiene mi acusadora para que con su desdén crezca vuestro sentimiento) que estoy, por el bien que dice que me debéis y yo os hice, en tanto extremo contento cuanto del mal pésaroso que me imputa contra vos. Averigüemos los dos su enigma dificultoso por conjeturas. Decid, ¿es acaso madre vuestra esta dama?

PIZARRO. Amor me muestra de madre, pero advertid...

PAJE. *(Sale.)* Francisco, señor os llama, que os quiere ver dar lición.

PIZARRO. De más importancia son liciones en que la fama averigua obscuridades. Dile que no me has hallado.

PAJE. Está con vos enojado.

PIZARRO. ¿De qué?

PAJE. De las libertades que usáis con vuestro maestro, y sabe que estáis aquí.

Mirad que sale. *(Vase el paje.)*

PIZARRO. Si en mí merece el amor que os muestro hidalga correspondencia, caballero, dar lugar á que volviéndoos á hablar cumpla hoy yo con mi obediencia. Débole yo á mi señor más que podré exageraros; presto acudiré á buscaros: hacedme tanto favor

que me esperéis en la plaza. ¿Prometeis melo?

GONZALO. Intereso, mancebo, tanto yo en eso que, á no dar vos esa traza, os fuera agora prolijo.

PIZARRO. Dadme esa mano. *(Dácela.)*

GONZALO. En su palma parece que sale el alma á abrazaros.

PIZARRO. Ved que dijo la que saber deseáis si como madre me exhorta. Conocelde, que os importa más de lo que vos pensáis.

GONZALO. ¡Ay, cielos! ¿Y es vuestra madre?

PIZARRO. No y sí.

GONZALO. Por el no perdí un hijo que por el sí me llamaba vuestro padre.

PIZARRO. ¿Qué decís?

GONZALO. Lo que deseaba, aunque sospecho, por Dios, que tengo más parte en vos de lo que yo imaginaba. *(Vase.)*

PIZARRO. ¿Más parte en mí? Confusiones, ¿qué es esto? ¿qué intentáis hoy?

ESCENA VI

PIZARRO y DON FRANCISCO.

FRANCIS. ¿Francisquito?

PIZARRO. En medio estoy de un mar de contradicciones.

FRANCIS. ¿No respondes?

PIZARRO. ¡Oh, señor! sí respondo. No advertí que me hablabas.

FRANCIS. ¿Cómo así?

PIZARRO. Echo menos el amor de quien presente tenía por madre, y ya se me va.

FRANCIS. ¿Pues yo no me quedo acá?

PIZARRO. Y en ti la esperanza mía. Pero quien dos brazos tiene y sabe lo que le importan,

si acaso el uno le cortan, aunque á consolarle viene el otro, dado que pueda suplir en algo su falta

¿no sentirá el que le falta por el brazo que le queda?

FRANCIS. No, que el hortelano astuto en fe de hacer bien su oficio corta las ramas al vicio

para que el árbol dé fruto. Las alas que siempre hallaste en Beatriz te han hecho mal: sin ellas el natural

conocerá que heredaste; porque si hasta aquí niñeces travesuras disculparon,

ya, Francisco, esas pasarán. Doce años tienes; pues creces en edad, crece en acciones

de virtud y de experiencia:

tu habilidad es tu herencia, no tienes más posesiones. Quejas llueven sobre ti de cuantos la Zarza habitan, que indignarme solicitan. Celebrélas hasta aquí por donaires de rapaz, pagándolas en palabras: sus hijos les descalabras, con ninguno tienes paz. Dos años ha que te enseña el maestro que te he dado, á leer, y en ti ha labrado lo que el viento en una peña. Aun no sabes deletrear; en materia de escribir no hay esperanzas; decir que contigo han de bastar castigos y reprensiones es por demás. Si pretende azotarte, te defiende Beatriz; sus intercesiones echado te han á perder; conoces lo que te adora, ampárate della y llora: con esto ¿qué hemos de hacer? Ella se ausenta, en efeto: doce años tienes; de hoy más, libro nuevo ó perderás el favor que te prometo: la edad que te disculpaba ya pasó.

PIZARRO. *(Ap.)* ¡Válgame Dios! «que tengo más parte en vos de lo que yo imaginaba.»

FRANCIS. Francisco, mientras siguiere mi consejo, haz cuenta que eres hijo de casa. Mi nombre te dí; si este no te inclina á imitarme, ni por padre me tengas, ni llames madre, sino al tronco de una encina: allí te hallé en conclusión,

y allí te puedes volver.

ESCENA VII

DICHOS y un MAESTRO con una cartilla.

MAEST. Francisco, desde antiyer no hay hacerte dar lición. A este andar no es maravilla que luzga lo que te muestro.

FRANCIS. Tiene razón el maestro. Afréntete esa cartilla que en dos años no has pasado. Llega y da lición, acaba. Ya quien por él os rogaba *(Al Maestro.)* se ausenta; tened cuidado desde hoy con él, enseñalde con el rigor que requiere, y el día que no supiere bien la lición, azotalde.

(Vase don Francisco.)